

EUROPA, HACE 40 AÑOS

JUAN CARLOS PICENA

Vous vivez des moments historiques! Así gritaba una mujer enajenada a quien quisiera oírlo. Estábamos en la *Place du Tertre*, camino al *Sacré Coeur*; éramos una treintena de recién graduados de la Facultad de Medicina de Rosario que, mediante la venta de una rifa, habíamos recaudado fondos para nuestro viaje de estudios. Perteneíamos a GEMUL (Grupo de Estudiantes de Medicina de la Universidad del Litoral), entidad reconocida y avalada por la Facultad. La venta de una célebre rifa nos había permitido recaudar fondos para el viaje, que consistía en una serie de visitas de interés profesional –laboratorios medicinales, hospitales, centros universitarios– y muchas más de índole cultural, de modo que nos extasiábamos ante el arte árabe en Andalucía, las fuentes de Roma, el parque Vigeland de Oslo, las esbeltas catedrales góticas, palacios renacentistas, ciudades medievales amuralladas, museos y pinacotecas, la vida musical de Nueva York, Londres y Salzburgo. Nos acompañaban el Dr. Ravena y su señora y el Dr. Urizar con su señora y sus dos hijas.

Corría el mes de mayo de 1968 y París resplandecía como siempre. Nos alojábamos en el *Hôtel de l'Oratoire*, sobre el lado izquierdo del Sena. Pero se vivían momentos de agitación, pues se estaba atravesando por una huelga general que nos impedía conseguir combustible para nuestro ómnibus. Ni soñar con buses ni con el metro, así que tendríamos que patear por toda la Ciudad Luz. ¡A gastar suelas!

¿Qué había ocurrido? Unos días antes, los estudiantes de la Sorbona se habían rebelado contra la prohibición de la permanencia de alumnos de ambos sexos en los dormitorios universitarios. Con el emergente, el pelirrojo Cohn-Bendit, se había lanzado la consigna “prohibido prohibir”, a la que siguieron lemas como “la imaginación al poder”. La efervescencia se palpaba en el Barrio Latino: la bandera roja flameaba en lo alto del edificio de la Bolsa de Trabajo y la Universidad estaba tomada por los estudiantes. Se organizaban ruidosas manifestaciones callejeras que formaban grupos de unas cuarenta personas portando pancartas,

trotando por la calzada, coreando: *Non, non, non, à De Gaulle; oui, oui, oui, communisme!*, que levantaban barricadas para cortar el paso a los móviles policiales; de inmediato las tanquetas hacían sonar sus sirenas y rompían las barricadas, mientras otros grupos por las calles laterales repetían la escena en un cuento de nunca acabar. Era un pandemonio, agravado por toneladas de basura que no era recolectada desde hacía tres días. Tras las ventanas del tercer piso del hotel atisbábamos estos desplazamientos, entre divertidos y preocupados, para salir luego a caminar por donde se podía. Alguno de nosotros pretendía fotografiar el Arco de Triunfo totalmente iluminado, y al llegar a colocar el trípode de la cámara en posición, las luces se apagaban en toda la zona y debíamos volver, frustrados, para tendernos en la cama bien pasada la medianoche.

Por fin, el Gobierno anunció la realización de un referéndum para avalar el desempeño de De Gaulle como Presidente de la República. En uno de los días de tregua, el dueño del hotel estaba sentado en el umbral acariciando a su perra bóxer y me decía: “Claro, el viejo ha estado mucho tiempo en el poder... pero si no es él, ¿entonces quién?” Como se sabe, la votación apoyó a De Gaulle, pero cierto tiempo después un segundo referéndum dio el triunfo al “no” y cayó la Quinta República.

En esa época y hasta 1989, había dos Alemanias. Berlín era una isla rodeada por el territorio de Alemania Oriental, que estaba bajo dominio soviético. Desde Berlín occidental subimos a improvisadas atalayas delante del Muro que dividía a la ciudad. Por sobre la muralla, la tradicional *Potsdamer Platz* se había convertido en una gran explanada erizada de obstáculos: alambres de púas, vigas cruzadas, y era recorrida por militares portando fusiles, otros que patrullaban con perros, mientras algunos nos seguían con largavistas desde sus torretas. Entre ellos y nosotros, el grueso muro de cemento, coronado por cilindros rotores para hacer resbalar y caer a cualquiera que hubiese podido sortear ese férreo cerco para escapar a Berlín Occidental.

Entramos a la Unión Soviética desde Finlandia. Los controles para pasar la aduana fueron opresivos: durante tres horas revisaron minuciosamente el ómnibus, varios traductores leyeron las cartas de nuestros familiares, analizaron todas las maletas y hasta abrieron mazos de cartas de póquer en busca de fotos pornográficas. Se precintaron los grabadores, que debían ser abiertos recién en el momento de salir de la Unión Soviética, pues nada se podía reproducir ni grabar.

En Leningrado (hoy nuevamente San Petersburgo) la organización estudiantil Sputnik había dispuesto una reunión en un campo del KOMSOMOL, la entidad comunista que nucleaba a niños y adolescentes. Tras los discursos protocolares nos entregaron *pins* con la efigie de Lenin y estrellas rojas. En retribución, se nos ocurrió regalar a los chicos postales argentinas con fotos en colores mostrando Bariloche, Mar del Plata, las cataratas del Iguazú y el Monumento a la Bandera. No puedo expresar el asombro de los pibes al ver esas imágenes. A su sorpresa siguió la decepción: rápidamente la celadora les retiró esas postales “porque son propaganda capitalista”. Quedó bien claro que la persistencia de ese régimen se basaba, entre otras cosas, en el bloqueo de toda información procedente de allende sus fronteras.

En Moscú los estudiantes universitarios manifestaban su extrañeza al inquirir cómo habíamos obtenido dinero para viajar (¡iniciativa privada!). Pero más aún, ¿cómo era concebible que, sin pertenecer al partido gobernante en la Argentina, tuviéramos pasaportes? “Acá en Rusia”, nos decían, “para salir al exterior hay que ser miembro del Partido Comunista o tener el aval de un integrante del Partido. Además, hay que rendir un examen de capacidad política sobre cómo responder a las preguntas engañosas que nos harían en otros lugares y ese trámite puede durar más de dos años”. Entre ellos, los comunistas convencidos argüían que había tanto que ver en la Unión Soviética que no era preciso ir a otra parte. Aun así, debían obtener pases especiales si querían entrar a otras Repúblicas Socialistas Soviéticas. Pese a las diferencias de opinión que pudiéramos tener, lo cierto es que la calidez de las personas que conocimos se traducía invariablemente por fuertes abrazos que ponían en peligro nuestras costillas; es así como aprendimos dos palabras en ruso: *drushba* (amistad) y *mir* (paz).

Confieso que mi ciudad favorita es Praga, por su magnífica escenografía urbana y por la atmósfera que nos tocó captar. Se había estado gestando la apertura de Checoslovaquia a Occidente, pues su pertenencia al mercado común de los países satélites del Este (el COMECON) resultaba desventajosa para el país. La gente hablaba de su segunda independencia y el fermento palpaba en las calles: por las noches había marchas de antorchas en silencio y por las tardes los jóvenes, luciendo camisas multicolores, se congregaban alrededor de la estatua de Jan Hus, frente a la vieja Municipalidad. Entre tanto, Alexander Dubcek y Leonid Brezhnev discutían en Bratislava el futuro del país. La inquietud era evidente y todos se preguntaban qué sucedería luego de las deliberaciones.

Antes de entrar en Checoslovaquia, en territorio polaco habíamos pasado largos convoyes de tropas militares en camiones con patente rusa, camino a la frontera polaco-checa. Era evidente que el desenlace sería la invasión de Checoslovaquia por soldados soviéticos; eso ocurrió dos semanas después de nuestra partida, mientras estábamos en Suiza. La noticia sacudió a Europa: había concluido la “Primavera de Praga”.

Vuelvo ahora a la *Place du Tertre*, donde comencé este relato. Mis compañeros me preguntaron qué decía esa vieja loca. “Dice que vivimos momentos históricos”, repuse. “Andá... ¡qué vamos a vivir momentos históricos nosotros!”. Todos soltamos una carcajada.

Sin embargo, a medida que fue pasando el tiempo, nos dimos cuenta de que 1968 fue un año más que movido. En Nueva York habíamos participado en una marcha contra la guerra de Vietnam. El hombre que “tenía un sueño”, Martin Luther King, fue asesinado, y en su homenaje por primera vez se izó la bandera de las Naciones Unidas a media asta por una persona que no era jefe de Estado. Quedamos deslumbrados por el Viejo Mundo. Estuvimos en el epicentro del Mayo Francés. Conocimos el Muro de Berlín y cruzamos la Cortina de Hierro. Fuimos testigos de la Primavera de Praga.

No lo entendimos entonces, pero lo que gritaba aquella mujer era verdad.

(Recibido: julio de 2008. Aceptado: agosto de 2008)